

rocaeditorial novela



ISOLA BELLA

ANNA CRUSAFONT



Una mujer madura repasa su pasado en busca de respuestas y de claves para su futuro rodeada del paisaje extraordinario del norte de Italia. Allí, su vida dará un vuelco inesperado que la marcará para siempre.

Isola Bella



Isola Bella

De unos amantes
y de una lluvia

Anna Crusafont

Rocaeditorial

©Anna Crusafont

Primera edición: junio de 2009

© de esta edición: Roca Editorial de Libros, S. L.
Marquès de la Argentera, 17, Pral.
08003 Barcelona
info@rocaeditorial.com
www.rocaeditorial.com

Impreso por Brosmac, S. L.
Carretera de Villaviciosa - Móstoles, km 1
Villaviciosa de Odón (Madrid)

ISBN: 978-84-92.429-89-9
Depósito legal: M. 14.585-2009

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamos públicos.

Para Tià

Primera parte

Capítulo 1

27 de septiembre de 1995

*T*engo cincuenta años, estoy en Stresa y estreno libertad. Júlia Fluvià, ex casada, ex madre y ex abuela. No, no los he matado, tan sólo los he aparcado. Bien, al marido definitivamente. De los otros, de los lazos de sangre, me he permitido una excedencia. 11

Júlia levantó la vista del papel; uno de aquellos papeles con el emblema del hotel. Había empezado sin proponérselo, y ahora se daba cuenta de que aquellas escasas líneas la habían satisfecho. Como cada vez, había conseguido lo que pretendía: reforzar la autoafirmación en sus resoluciones.

Vuelvo a sentir la necesidad de interpretarme escribiendo.

Dejó el lápiz sobre la hoja de papel, se acercó al balcón y retiró el visillo. La visión del agua reposada del lago hizo que sus pensamientos planeasen sin desazón, pensamientos que la llevaban a su vida con Damià, aquella que no quedó escrita en los cuadernos rojos, una vida ahora extrañamente lejana en el espacio y el tiempo.

Supongo que no debe de tener nada de extraordinario este impulso renovado de escribir. Reinicio vida. Me he empeñado en recobrar las ilusiones perdidas, en versión adulta, claro. ¡Recién me reencuentro y ya fabulo!

Júlia se retiró el mechón de la frente, un gesto inútil puesto que muy pronto volvería a desmayarse, un gesto que repe-

tía cada vez que quería cambiar de escena mental. Nada, pues, de melancolías pensando en el pasado, había decidido cambiar el rumbo de su vida y lo había hecho con un decidido golpe de timón. ¿Despiadado?

Por fin, Stresa, he llegado.

Con la mirada, acariciaba cada rincón de aquella cámara; mientras, iban y venían pensamientos del pasado caminando de puntillas para no trastornar un futuro todavía frágil. El itinerario de sus ojos se recreó en:

La luz que se filtra a través del fino encaje de los visillos, la luz lechosa de esta tarde que trae grises de nubes y vientos de lluvia.

El mechón caído una vez más sobre el párpado la devolvió a la obsesión interrumpida.

Tantos años arrinconando lo que realmente deseaba que fuera mi vida, huyendo de la lucidez que me habría permitido encontrarme. ¡Vivir en el más engañoso de los espejismos por pura inercia! ¿Cuándo dejé de percibirme?

12 *Había formado una familia, tenía que asumirlo sin gran alboroto.*

Pero ocurre que las congojas amordazadas se liberan un fin de semana aparentemente parecido a los demás y un concepto viene a rasgar los velos de aquella ignorancia tan bien custodiada. Te coge desprevenida, pero la evidencia, igual que en la adivinanza del huevo, una vez abierta ya no puede volver a cerrarse.

Levantó la cabeza del papel para proyectar la mirada más allá de los cortinajes, más allá de la balconada, lejos.

Lo que he vivido, lo que viviré, habrá sido tan sólo el ensayo general... El estreno nos lo dejan para otra vida. Y yo ya sé que no hay ninguna más...

Continuaba lloviendo, pequeñas gotas de lluvia salpicaban los cristales de la ventana de su cuarto.

Llueve en Stresa, veo cómo se deslizan finos hilitos de agua por los cristales de la ventana que delimita uno de los más bellos encuadres creados para fantasear, las aguas quietas del lago Maggiore que reflejan la miniatura de las tres islas Borromeas: Isola Bella, Isola Madre e Isola dei Pescatori. Todo un lujo.

Desdoblarse, verse uno mismo desde una distancia estratégica: el juego preferido de Júlia. Vivir el instante como actriz y espectadora a la vez y también fijarlo junto con cada uno de los detalles que lo acompañan, por la pura ilusión de eternizarlo. Dedicó a ello un buen rato.

¡Hace ya dos noches que vivo en el Gran Hotel! Un edificio neoclásico y decadente, con una restauración de factura tan armónica como sólo los italianos son capaces de conseguir.

La fachada iluminada y el fragor del agua meciendo las pequeñas embarcaciones. La mejor recompensa para el esfuerzo de haber conducido largas horas.

Lo que luego había seguido prolongó el encanto. El confort de una bienvenida profesionalmente cálida y la contemplación de una impecable puesta en escena: la bella cámara con sus dos balcones frente al lago.

13

El día de ayer pasó en zapatillas. Ir y venir, colgar la ropa en el armario, salir al balcón y respirar a pleno pulmón. Entrar y volver a guardar vestidos y zapatos. Bajar a desayunar en la glorieta del jardín con sus rosales y sus fuentes, repartiendo sonrisas postizas a diestro y siniestro. Volver a la cámara a desordenar el armario —¡es difícil escoger el vestuario conveniente!—. Dar una vuelta por la villa para situarme. Volver al hotel para almorzar. El café en la galería cubierta, con su mobiliario de mimbre pintado de blanco y sus jarrones de hortensias azules. El paseo de la tarde por la orilla del lago. La cena a la luz de los candelabros generosos. El baño relajante y el placer de zambullirse en la suave y lisa infinitud de una cama de matrimonio sin compartir.

Y, toda yo, sintiéndome yo. Yo misma al fin.

Júlia se metió en la cama y apagó la luz.

6 de octubre de 1960

*D*eseo morirme.

¡He pasado una vergüenza espantosa!

¡Es tan humillante que a mis quince años el abuelo haya ido a buscarme al salir de la escuela! No, él no ha tenido la culpa, ya intentó esconderse, el pobre, pero claro, mis compañeras lo han visto.

14 *Es él, es mi padre y le odio. ¡Me da igual ser una mala hija, le odio y le odio!*

¡A Roser y a Teresa sus padres no las tratan así!

¿Es que tengo yo la culpa si el imbécil, el testarudo de Manel, se ha emperrado en venir al colegio a recogerme para acompañarme hasta mi casa? ¡Pero si a mí no me gusta nada! Me he dado hartones de decirle que me las cargo si mi padre me ve acompañada, pero nada, él, erre que erre, todos los días plantado en la puerta, con su cara de granos y sus ojos de rana.

Siempre tengo que ser doña Diferente. A las otras las pueden acompañar los chicos, los sábados van a casa de las amigas e incluso las dejan ir a sus fiestas particulares. A todas menos a la pánfila de la Fluvià que todos los sábados tiene piano y, para colmo, debe aguantar las lecciones de Camile porque, según mi madre: «Una niña como tú debe hablar francés y debe saber de música y no perder el tiempo yendo de aquí para allá como una ordinaria».

¡Una ordinaria, Roser, con la casa y los vestidos que tiene, y su padre, fabricante!

Además, ¿qué hay de malo en ir a las fiestas y pasárselo bien? Creo que mi padre es un reprimido; eso, un reprimido y un facha, y me da completamente igual si me pilla el diario y lo lee.

Si Manel fuese un adonis, entonces valdría la pena aguantar la vergüenza. Ojalá Albert anduviera detrás de mí y no de la panoli de Montse, con esos cabellos rubios de pepona y los ojos de pescado pasado. ¡Me da una rabia, Montse!

A ti te lo puedo contar. A una la envidia la roe por dentro y yo sufro mucho pero no se lo digo a nadie. Tampoco les digo a mis padres que las monjas me tienen manía porque no iban a creermme. Siento ganas de gritar.

A Roser, su madre la luce tan guapa... Incluso el uniforme le cae mejor que a mí.

¡Y el imbécil de Manel, a la que me distraigo, me mete en el bolsillo escritos y más escritos de poemas de lo más cursi! ¡Anda que no se burlan unas que yo me sé cuando logran pillarme uno!

Mi padre me ha amenazado que esto de hoy se puede repetir si vuelve a sorprenderme acompañada de un chico. ¿Y qué puedo hacer yo?

Tengo un montón de ganas de llorar y no tengo sueño y mañana tengo que madrugar, porque no he hecho los problemas de mates, y la profe el otro día me bajó la nota y mi padre me mata si suspendo y todo es una mierda y yo soy una mierda porque no le importo a nadie. Tengo ganas de ser mala e ir con chicos y escaparme de casa y...

¡El sábado me tocará ir a confesar y tendré dolor de vientre! ¡Como siempre!

Y hoy ya no escribo más porque todo lo que he escrito es una mierda.

Capítulo 2

16 **A**rrojó con excesivo ímpetu, ahora una falda, ahora el jersey, ahora un zapato, ahora el pañuelo de seda. Los atavíos y los complementos yacían, sin honor, encima de la cama, hacían los postreros equilibrios de un colgador o resbalaban por la seda de las butacas, convirtiendo aquel espacio en un circo. La culpa la tenía la maldita lluvia que no cesaba desde el día que llegó, y ya eran tres. Tres días confinada en el hotel o bien corriendo, de marquesina en marquesina, con los pies empapados y el paraguas goteando.

Furiosa, iba deambulando por la cámara, de un balcón a otro, como si aquel ir y venir pudiera cambiar el curso del viento, y sus iracundos ojos, ahuyentar las nubes impertinentes. Sus planes se iban al agua, nunca mejor dicho, y ella no estaba para historias, quería visitar las islas Borrromeas y lo haría aunque se vaciara aquel cielo de nubes siniestras, entero, sobre su cabeza.

El día anterior por la mañana, al ver que la lluvia continuaba cayendo, había decidido que, fuera como fuese, haría aquel recorrido al día siguiente. Salió de compras por la villa y se decidió por una buena gabardina, unas botas robustas y un sombrero impermeable. No obstante, a pesar de todas aquellas provisiones, tenía la certeza de que nada de aquello iba a ser necesario, el tiempo tenía que cambiar, era lo mas lógico después

de tres días de viento y tempestad, pero la lluvia cabezota y sarcarrona le estaba tomando el pelo asomando la nariz por detrás de los cristales de aquella mañana tan enfurruñada como ella.

¡No, no estaba enfurruñada, estaba furibunda! La ropa y los zapatos y los pañuelos podrían dar testimonio de ello.

De golpe, paró de andar. Aquello era excesivo. ¿Se trataba únicamente la lluvia?

Agarró la última falda que todavía colgaba con cierta dignidad del armario, metió un pie, después el otro, la subió piernas arriba y se abrochó la cremallera, seguidamente se pasó por la cabeza el primer suéter que cayó en sus manos, se calzó las botas de agua, se acercó al espejo, se repintó los labios, se acomodó el sombrero, cogió el bolso y la gabardina e inició la marcha hacia la puerta. Cuando iba a abrir, retrocedió para ir a recoger la llave que había dejado olvidada encima de la mesilla de noche y finalmente salió al pasillo.

Por fortuna no hacía viento y se felicitó muy pronto por el acierto del día anterior. Se sentía confortable dentro de la gabardina forrada. Las botas de suela gruesa, peludas por dentro, daban calorillo y los dedos de los pies se movían con lujuria.

17

Las aguas del lago morían en silencio a los pies de la bañada del paseo, la poca gente que circulaba andaba decidida y Júlia era una figura alejada caminando calmosa más allá de la mañana y de la lluvia.

Se acercó a la orilla y se detuvo ante una caseta de madera para leer un cartel con unos horarios. El próximo *vaporetto* salía al cabo de un cuarto de hora. Preguntó al hombre de la ventanilla qué billete debía coger para visitar las tres islas. Le pareció entender que un solo billete valía para el día entero. Podía visitar cada una de ellas y también desembarcar en cualquiera de los pequeños puertos de la costa.

—*Porco tempo signora, e pochi soldi per me, Dio!*

—*Certo.*

Engañado por el buen acento de Júlia, el hombre de la ventanilla descargó un hartazgo de palabras de nunca acabar.

Júlia, en cuanto pudo, después de confesarle que no entendía casi nada el italiano, le preguntó si, a pesar del tiempo y la poca gente, podía embarcar.

—*Si signora, certamente. Lei... usted... poder embarcar e visitare le tre isole oggi... e comer... in isola dei Pescattori, muy bueno.*

Él hizo lo que pudo y ella también. Recogió el billete y se apartó de la ventanilla.

La lluvia fina, intermitente, continuaba, como un elemento más de la magia de aquella escena llorosa de aguas y de islas pequeñas que parecían deslizarse por la vasta llanura gris del lago. Rebuscó en su bolso, quería escribir algunas notas, pero no, allí no había ni un mal pedazo de papel. Escribir de aquella lluvia que la empapaba de soledad, de aquel recogimiento del alma, del placer de caminar por entre la gente que nada sabía de ella, de perderse y, otra vez encontrarse en aquel punto lejano indefinido.

¿Crear un futuro partiendo de aquel momento y de aquel lugar...?

18 De repente se dio cuenta de que veía borroso y se llevó ambas manos planas sobre los párpados cerrados. Demasiado tiempo con los ojos fijos en aquel punto indeterminado, más allá del lago, mucho más. Notó que las piernas se le habían entumecido y su cuerpo parecía de cartón. Inició un breve estiramiento de cuello y hombros, se aseguró de que no la viese nadie frotarse las piernas y se puso a caminar de nuevo con los puños cerrados dentro de los bolsillos y el corazón acelerado.

Cuando llegó la hora, embarcaron dos o tres personas además de Júlia.